

EL PASADO COMO OBJETO DE COLECCIÓN Y LA HISTORIA COMO CIENCIA MORAL. UNA APROXIMACIÓN HISTORIOGRÁFICA A LA REVISTA *EL MUSEO MEXICANO*

Amada Carolina Pérez

Durante el siglo XIX se desarrolló el proceso de construcción del Estado mexicano y la configuración de una identidad colectiva nacional como base de una nueva forma de legitimidad política. Los diferentes saberes sociales se pusieron en juego para crear una imagen de la nación: se midieron los territorios, se cuantificaron los recursos naturales, se pintaron los paisajes, se analizó y representó a la sociedad, sus costumbres y su historia. Así, a través de las ciencias y las artes, las elites intelectuales elaboraron un panorama físico y simbólico de la nación, e intentaron difundirlo al conjunto de la



El Colegio de México
Correo electrónico: acarolina52@yahoo.com.mx

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 41, enero-junio de 2005.

sociedad utilizando diferentes estrategias. En esta labor las publicaciones periódicas jugaron una importante función, en tanto que permitieron conformar una comunidad de lectores a partir de la cual las imágenes de lo nacional se convirtieron en patrimonio colectivo.

Una de las publicaciones periódicas que sirvió para la difusión de la cultura nacional fue la revista *El Museo Mexicano. Miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas*, que circuló en México entre 1843 y 1845. Esta publicación tenía como objetivo “divertir, proporcionar la instrucción y reunir cuantos datos y noticias se puedan, sobre los monumentos, literatura e historia de México”.¹ En este sentido y dado el nombre que se le dio a la publicación misma, aparece un propósito dirigido hacia la colección de aquellos elementos que pudieran, al ser clasificados, ordenados, estudiados y exhibidos, conformar un conjunto coherente que permitiera englobar los diferentes aspectos de la cultura mexicana.

Esta revista era el órgano literario de la Academia de Letrán y sus directores fueron Guillermo Prieto² y Manuel Payno³ en la primera etapa (1843-1844), y José María Lacunza en la segunda (1845).⁴ La Academia había sido fundada en 1836 por un grupo de estudiantes del Colegio de San Juan de Letrán,⁵ entre los que se encontraban Prieto

¹ *El Museo Mexicano. Miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas*, Ciudad de México, Ignacio Cumplido (editor), tomo IV, 1844, p. 5.

² Guillermo Prieto (1818-1897) fue poeta, cronista, novelista y dramaturgo. Dictó las cátedras de Economía Política y de Historia Patria en el Colegio Militar. Defendió a través del periodismo las ideas liberales y se desempeñó como secretario de Valentín Gómez Farías y de Anastacio Bustamante. Fue ministro de Hacienda en tres ocasiones, ministro de Relaciones Exteriores en una, y diputado quince veces durante diez periodos en el Congreso.

³ Manuel Payno (1810-1894) fue escritor y periodista. Su carrera como diplomático le permitió viajar por diferentes países de Europa y América. Se desempeñó como ministro de Hacienda en dos ocasiones y fue electo diputado por varios periodos. Como escritor realizó crónicas de viaje y novelas costumbristas entre las que se destaca *Los bandidos del Río Frio*.

⁴ La primera época de la publicación, entre 1843 y 1844, constó de cuatro volúmenes y la segunda de uno, publicado en 1845.

⁵ El Colegio de San Juan de Letrán se había fundado en 1548 con el nombre de Colegio para mestizos. Aunque había decaído como institución a finales del siglo XVIII, sobrevivió hasta la Independencia y en 1821 recibió un nuevo impulso que le permitió seguir funcionando hasta 1857 cuando desapareció definitivamente.

y Payno, bajo la dirección de José María Lacunza. El objetivo de esta organización era abrir un espacio para la crítica y el debate de la producción literaria de los jóvenes escritores, en aras de construir una literatura inspirada en los temas nacionales. Esta institución cultural, según señala Prieto, no tuvo reglamento⁶ y reunió a pensadores de diferentes corrientes literarias e ideológicas hasta su disolución en 1856, debido a las tensiones generadas a su interior por el enfrentamiento de ideas políticas.

Después de siete años de funcionamiento y en medio del auge de publicaciones de carácter científico y literario, los miembros de la Academia iniciaron la edición de *El Museo Mexicano*, una revista que tenía un carácter enciclopédico y estaba dirigida a la instrucción popular. Su editor fue Ignacio Cumplido (1811-1887), quien impulsó algunas de las publicaciones periódicas más importantes del México decimonónico, entre las que se destacan *El Mosaico Mexicano*, *La Ilustración Mexicana*, el *Álbum Mexicano* y el diario *El Siglo XIX*, que también fue dirigido durante una época por Lacunza.

En términos generales, se describe a *El Museo Mexicano* como una lectura apropiada para el conjunto de la familia dado que sus objetivos principales eran divertir, instruir y coleccionar. Si bien podemos suponer que su circulación era restringida a los sectores letrados de la sociedad, la revista no estaba dirigida únicamente a especialistas sino a un público más diverso.⁷ En la segunda etapa, José María Lacunza enfatizó que el objetivo de la revista, dado su carácter de publicación periódica, era difundir los conocimientos para el pueblo: “la sublimidad, la dificultad y aun la novedad de las producciones, no serán nuestro mérito, ni nuestro anhelo principal,

⁶ “Los fundadores nos habíamos pronunciado contra todo reglamento: se dictó como ley fundamental, no escrita, que el que aspirase a socio presentara una composición en prosa o verso y que hecha la aprobación de la candidatura fuera lo bastante para la admisión”. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Patria, 1969.

⁷ Se requeriría de un estudio más amplio para saber específicamente quiénes eran sus lectores. Para la realización de este estudio se debe tener en cuenta que, en el primer volumen de su segunda época, aparece una lista de suscriptores.

porque esto puede entretener a los sabios; pero hay un bien mayor que es el que deseamos, *ilustrar al pueblo*".⁸

Este tipo de publicaciones relacionadas con la exhibición de obras tuvieron un importante auge en Hispanoamérica hacia mediados del siglo XIX, con la apropiación de la mirada costumbrista que ordenaba y clasificaba el espacio y la sociedad circundantes. No en vano muchos escritores y artistas plásticos se dedicaron a la producción de cuadros de costumbres que ilustraban tanto los paisajes como los tipos sociales locales. Así, un sinnúmero de publicaciones adquirieron el nombre de mosaicos, misceláneas y museos dada su relación con una forma de mirar y representar la realidad: el costumbrismo.

Entre los temas y secciones que se pueden encontrar en *El Museo Mexicano* están los tipos sociales, las costumbres y trajes regionales, los panoramas y visitas a diferentes lugares de la República, las biografías de hombres célebres, los estudios históricos y geográficos, los adelantos científicos, algunas poesías y novelas, y un panorama del mundo en el que se hace un recuento de las maravillas de la naturaleza, del arte y de la moda. La revista está, además, acompañada por una serie de láminas en las que se representan diversos lugares de la geografía nacional y los retratos de algunos personajes relevantes, especialmente de la cultura universal.

Aunque la revista en su conjunto podría permitir un estudio amplio sobre la configuración y difusión de las representaciones relacionadas con la nación, este artículo centrará la atención sobre la manera como se concibe la historia y las características que adquiere su escritura en la publicación reseñada. Para tal fin hemos escogido dos ejes de análisis: el primero se centra en el examen de las características que tienen las diferentes secciones que hacen referencia al pasado dentro de la publicación, y en el segundo proponemos el estudio de una serie de discursos históricos pronunciados por José María Lacunza en la Academia de Letrán, mismos que fueron publicados en la revista.

⁸ Lacunza, José María, "Introducción", *El Museo Mexicano*, Segunda Época, 1845, p. VI.



“El jarocho en las cercanias de Veracruz”. *El museo mexicano. Miscelanea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas*, tomo IV, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1844, p. 59.

Las secciones relacionadas con la historia: entre el gabinete de curiosidades y el museo

En lo que se refiere a la historia, en la publicación llama la atención una serie de secciones cortas tituladas recuerdos antiguos, fundaciones, leyendas, anécdotas, hechos históricos, documentos históricos y noticias históricas.

En cuanto a la sección de “recuerdos antiguos” los editores de la revista señalan: “bajo este epígrafe publicaremos algunos artículos que acaso parecerán curiosos a nuestros suscriptores”.⁹ En ella se encuentran una lista de acontecimientos y ocurrencias que se salen del curso normal de la vida; lo notable, lo particular es lo que se reseña en estos listados ordenados por años y por meses.¹⁰ Se destacan los fenómenos naturales como tormentas, inundaciones, temblores y huracanes; la realización de obras públicas; la promulgación de leyes y edictos; las epidemias; los descubrimientos, etc. Estos hechos están referidos a los acontecimientos ocurridos en el virreinato de la Nueva España durante las últimas décadas del siglo XVIII y aparecen como recopilaciones cuya característica es la omisión de las referencias de los documentos utilizados en las mismas. Como se señala en la publicación, son curiosidades que parecen más un ejercicio de memoria que una recopilación ordenada de hechos históricos.

Las “leyendas y anécdotas” que se publican en la revista son relatos sobre sucesos pasados que por lo general se refieren a los reyes europeos, ya sea a la relación entre éstos y sus súbditos, al tipo de leyes que dictaban, a sus ejércitos o a la forma en que vivían. Estos episodios tampoco son parte de un discurso ordenado sobre el pasado, no están sistematizados dentro de un eje narrativo, sólo aparecen como relatos cortos que adquieren la forma de pequeñas lecciones. En este sentido, dichos relatos reafirman más la idea de la historia como maestra de vida que como ciencia.

⁹ *El Museo Mexicano*, Vol. IV, 1844, p. 20

¹⁰ En algunos meses donde no se destaca ningún acontecimiento se escribe: “no ocurrió nada de notable” o “no ocurrió nada de particular”.

Por su parte, en la sección dedicada a las “fundaciones” se presentan referencias sobre el establecimiento de instituciones como parroquias, hospitales, monasterios y colegios. Éstas no están apoyadas de manera explícita en documentos, aunque sí tienen un carácter de inventario. Se recoge información, pero ésta no aparece organizada, ni cronológica ni temáticamente; también tiene el aspecto de una colección de datos que pueden servir para la erudición del lector, pero que deben ser sistematizados para poderlos incluir dentro de una ilación histórica.

En el caso de las “noticias” y “los hechos históricos”, hay una referencia directa al documento del cual se extraen; la expresión “tal como se refirió en...” muestra esta relación con la fuente. En este caso nos encontramos con acontecimientos que pueden constatarse en un documento particular que también es susceptible de ser examinado. La realidad ya no se presenta de forma directa como en los recuerdos, las leyendas, las anécdotas o las fundaciones, sino que se ofrece a través de la mediación de un documento escrito que puede cotejarse.

La publicación de “documentos históricos” dentro de la revista está relacionada con esa misma idea sobre la importancia de las fuentes escritas. Se recogen documentos en su mayoría referidos a la historia de Nueva España y de México. Cartas de Cortés, relaciones sobre sublevaciones indígenas, un manifiesto de Hidalgo y los juramentos prestados por los habitantes de la República. Tales documentos están organizados cronológicamente en la publicación: en el volumen II algunos relativos a la Conquista, en el volumen III los relacionados con los siglos XVI y XVII y, en el volumen IV, algunos del siglo XVIII y otros sobre la Independencia. En este propósito se aprecia la recolección de una información clasificada que podrá servir de soporte a la investigación histórica basada en la crítica documental.

En esta línea de análisis, podemos decir que la clasificación de las secciones denota una diferenciación entre leyendas, anécdotas, recuerdos y fundaciones, por una parte; y hechos, noticias históricas y documentos, por la otra. A partir de esta diferenciación podríamos

aventurar dos hipótesis: 1) mientras que las leyendas, anécdotas y recuerdos aluden a una forma de recordación del pasado más relacionada con la oralidad, las segundas tienen implícita la referencia al documento y por lo tanto, a la escritura. 2) El primer tipo de secciones aparecen publicadas en la forma de un gabinete de curiosidades, como una galería llena de objetos exóticos sobre el pasado pero que no tienen una lógica narrativa secuencial, en tanto que los hechos, las noticias y los documentos están organizados a la manera de un museo que clasifica y estudia para exhibir con base en un guión que dirige la narración.¹¹

Observamos entonces cómo en la publicación están superpuestas dos formas de aproximación al pasado que responden a concepciones distintas de historia: una en la que el pasado tiene un carácter aleccionador y de erudición retórica, y otra en la que aparece una preocupación por los documentos, etapa fundamental en el proceso de configuración de la historia como ciencia.

Los discursos históricos de José María Lacunza

En 1843, durante el gobierno de Santa Ana, se aprobó un decreto en el que se estipulaban las bases generales que debían regir a todos los estudios preparatorios. Este decreto reglamentó el estudio de la historia como parte de la formación intelectual y moral de los alumnos profesionales.¹² En este contexto, comenzó a dictarse la cátedra de historia en la Academia de Letrán. Los discursos de esta cátedra magistral, impartida por José María Lacunza, se publicaron en *El*

¹¹ Los gabinetes, que se pusieron de moda a partir el siglo XVI, acumulaban indistintamente todo tipo de objetos: desde pinturas y esculturas hasta moluscos, plumas o fenómenos de la naturaleza; su intención era coleccionar cualquier tipo de objeto que pudiera considerarse exótico. La idea de Museo, en cambio, es producto de la Ilustración y sus estrategias de clasificación; en este caso lo que se hace es una taxonomía que permita agrupar los objetos de manera ordenada; se disponen por tipos de colecciones dando origen a los museos especializados por disciplinas (de historia natural, de artes, de historia, de mineralogía, etc.).

¹² Para este particular vease: Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, 1970, p. 90.

Museo Mexicano siguiendo el orden con que se impartían en la Academia.

Lacunza (1809 – 1869) había realizado estudios de jurisprudencia en el Colegio de San Juan de Letrán y era reconocido también por su participación en las letras y la historia. Como habíamos señalado anteriormente, en 1836, en torno a él, los alumnos del Colegio fundaron la Academia de Letrán, con el objetivo de reunir a quienes cultivaban las letras para crear una literatura mexicana independiente. Lacunza también apareció como colaborador de la revista *El Ateneo Mexicano*, en la sección dedicada a la historia; intervino en política como Secretario de Relaciones Exteriores e Interiores durante el tercer gobierno de Joaquín de Herrera y fue Secretario de Estado del Imperio, también fue presidente del Senado y durante algún tiempo estuvo a cargo de la Dirección General de Fondos e Instrucción Pública. Después del derrocamiento de Maximiliano se asiló en Cuba, donde murió.

Los discursos históricos pronunciados por Lacunza aparecen en *El Museo Mexicano* desde el tomo II hasta el tomo IV, que cierra la primera etapa de la publicación; en la segunda etapa dejan de publicarse. En ellos Lacunza traza un periplo histórico que va desde la antigüedad hasta la época contemporánea, haciendo un recorrido por las diferentes civilizaciones e imperios occidentales para terminar con algunos discursos sobre la historia antigua de México, que abarcan desde una referencia a las culturas prehispánicas hasta la declaración de Independencia por parte de Iturbide.

La publicación del “Primer Discurso Histórico” de Lacunza abrió lo que Ortega y Medina califica como la primera polémica mexicana acerca de la historia.¹³ El Conde de la Cortina envió al *Siglo XIX* una carta en la que hacía una reflexión sobre el estudio de la historia criticando algunos de los postulados que aparecían en el discurso publicado en *El Museo Mexicano*, Lacunza respondió a las críticas del Conde de la Cortina y en adelante se publicaron dos cartas más y las correspondientes réplicas. La polémica giró en torno al método de

¹³ *Ibid*, Capítulo II.

enseñanza de la historia, en especial en lo concerniente al uso de la cronología y la geografía como ciencias auxiliares y a la forma de aproximación al pasado que debía proponerse a los estudiantes.

Mientras que el Conde de la Cortina señalaba la necesidad de que los alumnos de historia cursaran unas cátedras previas de geografía y cronología, Lacunza consideraba importantes estas disciplinas pero creía posible dictar la cátedra con los conocimientos previos de filosofía que tenían sus discípulos. El Conde criticaba también el enseñar historia a través de una narración construida a partir de los extractos tomados de algunos historiadores sin permitir a los alumnos el estudio de la bibliografía, es decir de los antiguos autores griegos y latinos, y de los métodos propios de la historia, en especial aquellos que permitían diferenciar la tradición oral de los fundamentos escritos. Lacunza respondió señalando que para el curso de historia se había escogido un autor general que permitía englobar todos los periodos, ya que se trataba de un curso introductorio que mostraba un panorama a partir del cual los alumnos podrían aproximarse a lo que fuera de su interés.

En última instancia, la polémica entre el Conde de la Cortina y Lacunza nos permite observar las diferentes visiones que existían sobre la utilidad de la enseñanza de la historia a mediados del siglo XIX. El Conde enfatizaba en la necesidad de un método claro que permitiera a los alumnos no sólo aprender sobre el pasado, sino sobre la manera misma como se investigaba la historia. Lacunza no desconocía del todo los métodos, pero para él la utilidad de la enseñanza de la historia, como explicaremos más adelante, estaba en la posibilidad de que a través de ella los alumnos aprendieran lecciones para el futuro.

A continuación analizaremos los discursos de Lacunza, teniendo en cuenta la periodización que plantea, el tipo de hechos que narra y los personajes que utiliza en su relato. Presentaremos después una reflexión sobre la forma como este autor concibe la historia mexicana, terminaremos con unas consideraciones generales sobre la metodología que Lacunza propone, el papel que le otorga al historiador en su relación con el pasado, el tipo de narración histórica que caracteriza su relato y la función que le asigna a la historia como disciplina.

La historia de las naciones y la historia de las épocas

Lacunza organiza su itinerario histórico teniendo en cuenta una periodización que explica en el primer discurso y que desarrolla a lo largo de la Cátedra. Divide la historia en Naciones Antiguas, Edad Media, Edad Moderna y Edad Contemporánea. La antigüedad empieza con la civilización Asiria, pasando por Persia, Egipto, Israel, Grecia y Roma, y termina con las invasiones bárbaras, momento en el cual inicia la Edad Media. La Edad Moderna se abre con la época de Carlos V de Alemania y I de España, y la Edad Contemporánea es el periodo que va desde la Revolución Francesa hasta lo que corría del siglo XIX.¹⁴ Sin embargo, la división fundamental para Lacunza era la que separaba la historia antigua de la moderna:

En la historia antigua se puede seguir la historia de una sola nación, y las demás considerarse como satélites solamente del astro cuyo fulgor nos deslumbra, y cuando se alzan dos de ellas a una altura igual, la victoria prontamente proclama a la una vencedora de tal modo, que su rival desaparece; la historia moderna, por el contrario, nos presenta un conjunto de naciones independientes, y todas grandes, de manera que es necesario tratar de ellas a la par, y relatar más bien la narración de los sucesos de una época, que los de un pueblo.¹⁵

La oposición que establece Lacunza tiene que ver más con la disciplina histórica que con la “historia” misma. Para el autor en la historia antigua se procede metodológicamente siguiendo la historia de una nación *astro* que guía su curso, mientras las demás la secundan, por esta razón no es necesario referirse a todas las naciones, sino únicamente a los sucesos de un pueblo. El problema -al analizar esta afirmación desde nuestra perspectiva de historiadores contemporáneos- es el de los criterios con los que el historiador puede saber

¹⁴ Véase José María Lacunza, “Discurso pronunciado por el Sr. Lic. Dn. J. M. L. En la apertura de la Cátedra de Humanidades”, *El Museo Mexicano*, Vol. 2, p. 364.

¹⁵ Lacunza, José María, “Historia Moderna. Carlos V de Alemania y I de España”, *El Museo Mexicano*, Vol. IV, p. 193.

cuál es esa nación, pues aunque para Lacunza parece claro que es aquella *cuyo fulgor nos deslumbra*, lo que abre esta afirmación son más interrogantes que respuestas: ¿qué es lo que nos deslumbra?, ¿dónde ubicamos la historia de esas otras naciones que ni siquiera tenían contacto con aquella nación *astro*?

La historia moderna es para el autor, la de un conjunto de naciones que debe tratar el historiador a la par, resaltando en su narración una época en la cual las naciones parecen haber llegado a un estadio común. Las preguntas versarían sobre qué naciones son las que pueden ser tratadas a la par, cuáles son las que Lacunza considera naciones grandes, pues al referirse a la historia moderna sólo tiene en cuenta las naciones de Europa central y occidental.

En cuanto al tipo de hechos que narra el autor en los discursos, podemos decir que privilegia tanto la historia dinástica como los hechos políticos y militares: conquistas, cruzadas, guerras y alianzas; disputas religiosas; hazañas de hombres célebres; la descripción de leyes, instituciones y estrategias de gobierno. Este tipo de hechos son acordes con su concepción de la historia:

La historia no es biografía de las naciones, éstas tienen una vida como la de los individuos, y todo lo que se refiere a esta vida es del dominio de la historia; pero es necesario entender que el ejercicio de esta vida consiste en el de los intereses sociales, en los hechos comunes y no en los de cada miembro de la sociedad; las biografías de todos éstos, aunque fuese posible reunirlos, no satisfarían a los objetos de la historia. Mas la vida de la comunidad como la del hombre es o la exterior, vida de relación, o la vida interior y doméstica. En la primera para las naciones están las alianzas, las guerras, las conquistas; en la segunda, sus instituciones políticas, sus ciencias, su religión y sus costumbres.¹⁶

El personaje central de la narración histórica es la nación, entendida no como la reunión de individuos sino como un ser colectivo que tiene vida propia, escindida entre la vida exterior y la interior.

¹⁶ Lacunza, José María, "Discurso pronunciado...", p. 366.

Los aspectos que engloba cada parte de la vida nacional son lo que la historia estudia. Sin embargo, Lacunza establece una nueva diferenciación:

Aquí se presenta otro carácter distintivo de la historia antigua y la moderna: aquélla nos ha conservado poco de la vida interior, y la mayor parte de lo que hay pertenece a la vida de relación; ésta se ocupa en ambas cosas, porque más cercana a nosotros, aún no han desaparecido las leyes, las costumbres, las religiones; en una palabra, las instituciones sociales.¹⁷

Mientras que para la historia antigua, por el tipo de documentos con que se cuenta, se privilegia el estudio de la vida exterior, en la moderna se plantea la posibilidad de observar la vida interior, debido a que la cercanía en el tiempo ha permitido que las instituciones sociales sobrevivan.

Sin embargo, habíamos señalado que en los discursos se encuentran continuamente las hazañas de hombres célebres que hacen la historia, de manera que parecería que no son sólo las naciones las protagonistas de ésta. Lacunza exalta las virtudes de personajes como Cristóbal Colón y el cardenal Jiménez de Cisneros, o las de monarcas como Enrique IV de Francia, Gustavo de Suecia e Isabel de Inglaterra. Si la historia es el acontecer de las naciones ¿cómo explicar el protagonismo que tienen este tipo de personajes? El siguiente párrafo nos permite aproximarnos a una respuesta:

... en el océano de los tiempos como en el de las aguas, no es necesario conocer día por día ni gota a gota, sino sólo los grandes contornos, las formas del conjunto, las masas, en una palabra. Se alza, sin embargo, entre la multitud, de cuando en cuando la figura colosal de un hombre ilustre, que en mayor o menor extensión es árbitro de los destinos de sus contemporáneos, que personifica a su siglo, a su nación, y esta figura no puede pasar inapercibida.¹⁸

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 363

Si bien las naciones son los personajes centrales de la historia, las figuras colosales al tener la capacidad de personificarlas, también tienen un lugar en la narración. Los hombres ilustres que han intervenido en los destinos de sus contemporáneos, al igual que aquellas naciones *astro*, son quienes merecen un lugar en la historia. La pregunta por el criterio de selección de estos héroes vuelve a aparecer en nuestro análisis. La elección de las naciones *astro* y de los personajes, lejos de ser un hecho objetivo, tiene implícitamente la marca de una operación historiográfica que pretende esconderse.

La Historia Antigua de México

Después de hacer un recorrido por la historia universal desde las naciones antiguas hasta la historia contemporánea, Lacunza trata en sus discursos la historia antigua de México empezando con una referencia a las culturas prehispánicas y terminando en 1821.¹⁹ El tema de los orígenes adquiere aquí vital importancia, pues uno de los debates que se plantearon en la historiografía mexicana del siglo XIX está relacionado con el momento fundacional de la nación. En los discursos aparece una posición definida frente al debate: para Lacunza la semilla de *nuestras naciones* la plantó Colón en la Española: “en ella el almirante levantó un fuerte y estableció en él la primera colonia española, la primera semilla de naciones que se plantaba en aquel día: una de esas naciones somos nosotros”.²⁰

La nación mexicana tenía su primera semilla desde el momento del Descubrimiento. Entonces ¿en qué lugar quedaban los grupos prehispánicos?, ¿cuáles eran las operaciones que se ponían en juego en los discursos para establecer una dicotomía entre el pasado

¹⁹ Llama la atención que todos estos discursos tienen el título de historia antigua de México lo cual podría indicar un desfase temporal entre la historia mexicana y la europea. Sin embargo, esta sólo puede ser una hipótesis porque la publicación de los discursos se interrumpe en el IV volumen y en la segunda época de la revista no vuelven a aparecer; no sabemos si los discursos continuaron y en tal caso, ubicar en dónde empieza para Lacunza la historia moderna de México.

²⁰ Lacunza, José María, “España. Fernando e Isabel”, *El Museo Mexicano*, Vol. IV, p. 178.

prehispánico y la nación mexicana, teniendo en cuenta que otros pensadores como Bustamante y Mier habían exaltado ese pasado como el origen glorioso de la nación?²¹

En el discurso introductorio a la Cátedra de Historia, Lacunza comienza a plantear su posición frente al pasado indígena. Se refiere a naciones como los egipcios anteriores a los faraones, los babilonios, los fenicios y los europeos antes de la fundación de Roma, cuyo conocimiento *es de poca utilidad hoy para el mundo*. En cuanto al periodo prehispanico sostiene:

Poco menos sucede, señores, y dispensadme si os causa extrañeza la proporción, con las naciones que poblaron nuestro continente antes de su descubrimiento por los europeos. Todas estas naciones en calidad de tales, han sido borradas de la faz de la tierra por el dedo de Dios. Como naciones han cesado eternamente de existir. Sus ejércitos fueron vencidos, y en pos cayeron sus tronos; murió el cuerpo social con sus costumbres y con sus leyes, con sus religiones, y aún con sus dioses.²²

Para Lacunza, las naciones prehispanicas habían sido borradas de la faz de la tierra, habían cesado de existir *eternamente*, de manera que no sólo no era útil estudiarlas, sino que al haber sido vencidas habían desaparecido para siempre de los anales de la historia. De esta manera, descarta la posibilidad de buscar en el periodo prehispanico los orígenes de la nación mexicana, pues negaba la perspectiva de relación entre su presente y ese pasado que *no podía iluminarse con la luz de la historia*:

Aun la de los pueblos cuyos descendientes viven entre nosotros, y que ocupaban la América, al tiempo en que la Europa se lanzó sobre ella, es sumamente incierta. Estos pueblos no estaban muy avanzados en la carrera de la civilización, y su modo de conservar y transmitir al porvenir sus acontecimientos, era imperfecto. La representación material y grosera

²¹ A este respecto ver: David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Ediciones Era, 1993.

²² Lacunza, José María, "Discurso pronunciado..." p. 365.

de los hechos en frágiles lienzos, o jeroglíficos de clase dudosa para nosotros, eran su lenguaje a la posteridad, y esta ve hoy figuras confusas y de difícil y disputada inteligencia. La conquista pasó sobre la casi totalidad de las naciones de América como una renovación entera de la sociedad, que destruye todos los elementos de la antigua: artes y ciencias, si tales podían llamarse las de los americanos; gobierno y religión, todo desaparecería para hacer lugar a las nuevas instituciones que cruzaban los mares bajo la protección divina de la cruz, y la invencible espada de los conquistadores.²³

El autor señala que los descendientes de los pueblos anteriores a la Conquista, esos *otros*, viven en el presente, entre un *nosotros* que los excluye. Sin embargo, esa presencia física no garantiza su existencia cultural puesto que, desde la perspectiva de Lacunza, todo desapareció con el triunfo de los conquistadores, incluso su historia. Ello fue el resultado de lo que consideraba un modo imperfecto de conservar y transmitir los acontecimientos a la posteridad, por lo cual la historia de los pueblos prehispánicos era incierta y quienes la miraban desde el porvenir únicamente veían figuras confusas.

Lacunza introduce aquí el problema de los documentos y muestra que la historia, como forma de conocimiento, sólo es posible cuando se tiene acceso a una representación elevada y elaborada de los hechos, representación que, según él, es característica de los pueblos que van más avanzados en la carrera de la civilización, de aquellos que elaboran documentos con una escritura alfabética. Así, el olvido de la historia de las naciones indígenas era argumentando a partir de la inexistencia de documentos escritos, lo que hacía imposible que los historiadores la conservaran para la posteridad.

Otro de los argumentos planteados en los discursos señala que los pueblos anteriores a la Conquista fueron borrados por el dedo de Dios y que las instituciones europeas cruzaron los mares bajo la protección de la Divina Providencia. Con tales explicaciones, el autor

²³ Lacunza, José María, "Historia Antigua de México", *El Museo Mexicano*, Vol. IV, p. 445.

retoma los razonamientos sobre la justa causa de la Conquista, una de las vertientes de pensamiento que habían desarrollado los cronistas de la Nueva España y que, según Brading, se había resquebrajado con las proposiciones que se desarrollan en la obra de Fray Servando Teresa de Mier.²⁴ Sin embargo, lo particular en los discursos de Lacunza es que se entremezcla la idea de una historia en la que participa la Divina Providencia y la noción de una carrera ascendente hacia la civilización, característica del paradigma moderno del progreso.

Siguiendo su relato, el autor abandona rápidamente el problema de los pueblos prehispánicos y dedica poco más de dos discursos a la historia de los siglos XVI, XVII y XVIII. Al llegar al tema de la Independencia, en el último discurso publicado, señala que los agravios y opresiones sufridos por los americanos por parte de los españoles, así como los ejemplos de inobediencia dados por los peninsulares y el adelanto de la civilización americana, habían fomentado la idea de un gobierno propio.²⁵ No obstante, enfatiza el carácter problemático que tiene el movimiento dirigido por Hidalgo:

La necesidad de formar el ejército de Hidalgo con plebe indisciplinada y sin principios; el odio profundo á los españoles, que era el sentimiento general; los actos hostiles de éstos, y acaso la falta de plan é inexperiencia de un eclesiástico en el cargo de general, inexperiencia que fue común a muchos jefes, pues los mas de ellos pertenecían al foro, á la iglesia y a profesiones científicas, ajenas de la militar, hicieron que la revolución se ensangrentase, convirtiéndose en un caos de desorden, de crímenes y de destrucción.²⁶

Una plebe indisciplinada y sin principios, unos jefes inexpertos, así como el odio a los españoles y los actos hostiles de éstos convierten a la época del movimiento insurgente en una revolución caótica y

²⁴ Brading, David, *Op. Cit.*, Capítulo II.

²⁵ Lacunza, José María, "Historia Antigua de México", *El Museo Mexicano*, Vol. IV, p. 556.

²⁶ *Idem.*

destruccion. En la década de 1810 hay una revolución que se marca con los signos del desorden, sólo la llegada de Iturbide, quien aparece como el gran héroe, permite, de acuerdo con el autor, el regreso al orden.

Así, en su interpretación de la historia mexicana, Lacunza cuestiona los mitos fundadores sobre los que otros pensadores de la primera mitad del siglo XIX habían construido la historia nacional: el pasado prehispánico y el movimiento insurgente. Esta postura nos permite observar que aún en la década de 1840 no existía un relato unificado sobre el pasado de la nación mexicana; éste seguía siendo un terreno de disputa.

La construcción del discurso histórico

Habíamos señalado que los discursos que aparecen publicados en *El Museo Mexicano* son la transcripción de la cátedra magistral que dictaba José María Lacunza, de manera que tienen su origen en una narración oral y no en un texto escrito y están dirigidos a un auditorio de estudiantes que se forman en una carrera profesional, pero que no son especialistas de la historia. Están presentados en una narración concatenada de hechos en la que no aparece el yo del narrador ni referencias a documentos o a autores específicos; no hay notas al pie de página ni una bibliografía que soporte el texto. Sin embargo, tanto en el discurso introductorio como en el debate con el Conde de la Cortina, Lacunza especifica que sus discursos se basan en otros autores:

No puedo ser original: el puesto que tengo el honor de ocupar, exige que presente a mis oyentes el fruto de mis lecturas; las más veces no haré otra cosa que copiar los trozos de los autores que juzgue más convenientes a la instrucción, y designaré al fin de cada lección los autores de dónde yo he tomado mis pensamientos, y de donde podrán, los que quieran, tomar aún más, con una profusión que el tiempo y objeto de este curso no me permitirán.²⁷

²⁷ Lacunza, José María. "Discurso pronunciado...", p. 368.

Lo problemático es que en la publicación de los discursos, no aparece en ninguna ocasión esta bibliografía que Lacunza prometía dar al final de cada lección, de manera que el lector de la revista se quedaba sólo con este relato en el que predominan una serie de expresiones que hacen referencia a la tradición oral: se cuenta que..., dicen que..., los historiadores españoles dicen...

Pese a que Lacunza leyó a varios autores, al transmitir la información no reconstruyó la mediación del documento escrito y parecería que estos autores le dijeran, le contaran. Igualmente, lo que denota la narración es una voz colectiva, no hay un autor específico que diga algo, en el mejor de los casos hay autores por nacionalidades, pero no un autor individual.

Este último punto nos lleva a un planteamiento de tipo metodológico que hace el autor en sus discursos. Advierte sobre la precaución que debe tener el *lector* de la historia moderna en tanto que no es un simple espectador sino “individuo de los cuerpos que son actores, y una patria común le hace participante de su gloria y de su deshonra”,²⁸ y el historiador al que lee se halla también “dominado por la misma pasión, sino por otras menos honrosas, y no es raro que él mismo sea uno de los personajes de su narración, y que hable en primera persona”.²⁹

Lacunza señala que ni el lector, ni el historiador son imparciales, pues están dominados por pasiones, especialmente por una pasión que tiene que ver con su pertenencia a una u otra nación. Por ésta razón, lo que recomienda es leer tanto a los autores que pertenecen a una nación, como a los que pertenecen a la nación enemiga; “entonces el que estudia representará el papel del juez que ha oído las dos partes”.³⁰ Quien estudia historia es un juez que debe escuchar las dos partes, aunque el autor advierte que hay algunas naciones que aparecen desventajosamente en la historia porque los vencedores destruyeron hasta sus panegiristas.

²⁸ *Ibid*, p. 366.

²⁹ *Idem*.

³⁰ *Ibid*, p. 367.

En los discursos se expone otro tipo de medios para buscar la *verdad*: las piezas oficiales, las leyes y alianzas, las memorias de los personajes célebres y los monumentos. Lacunza hace una reflexión sobre cada tipo de documento y termina por concluir que los más fiables son los dos primeros, porque son propiamente el resultado de los sucesos. Hace una aclaración sobre los monumentos, especialmente sobre las ruinas en las que hay jeroglíficos, reforzando la división entre las naciones poco civilizadas y las más civilizadas: los jeroglíficos “tienen aplicación a naciones muy antiguas o poco civilizadas; el medio usado para transmitir los acontecimientos, para hablar por decirlo así, una generación con la que ha de seguirle, es hoy la escritura alfabética, en que cada signo corresponde a un sonido: así se representa no el hecho directamente ni la idea, sino la palabra”.³¹

La frontera que separa el grado de civilización es la escritura. Los jeroglíficos pertenecen a naciones poco civilizadas, la escritura alfabética es propia de naciones más avanzadas y hace viable la transmisión de los acontecimientos de una generación a otra. La posibilidad de representación de los hechos a través de palabras que al estar escritas perduran en el tiempo es, en última instancia, lo que habilita la iluminación del pasado.

Para Lacunza esta oportunidad de conocer el pasado es la que permite la acumulación de la experiencia hacia el futuro, es la que determina el grado de civilización y la que da sentido al pasado mismo: “En la época de la civilización en que vivimos, el estudio de la historia no necesita recomendarse. Contiene la experiencia de un universo y de todos los siglos, y el ejemplo de lo pasado es el pronóstico de lo futuro”.³²

La Historia se convierte así en la condición de posibilidad del progreso entendido como acumulación de experiencia, los logros colectivos de la humanidad son los que han hecho posible el grado de civilización alcanzado en el presente y al que se llegará en el futuro.

³¹ *Ibid.*, p. 368.

³² *Ibid.*, p. 366.

Pasado, presente y futuro se conjugan en un discurso histórico que tiene la capacidad de ver la experiencia, no como lo aprendido por las generaciones anteriores sino como el caudal de conocimientos acumulados por la humanidad como especie. Con el estudio de la historia “se adquiere el conocimiento de la especie, y en este caso la idea de lo pasado puede ser el pronóstico de lo futuro; no porque lo que sucedió una vez deba por eso sólo repetirse, sino porque el pronóstico se funda en el conocimiento del género humano”.³³

Lacunza entiende la historia como una ciencia moral en la que si bien el objeto central son los hechos que ocurrieron en el pasado, lo que importa realmente es la comprensión de la esencia de la especie humana a través de los actos que ha realizado como colectividad. En los discursos de Lacunza aparece una propuesta moderna en la medida en que engloba diferentes épocas y naciones, sin embargo, el modelo de historia que adopta está referido a una ciencia moral en la que las relaciones con la medicina como paradigma se privilegian sobre las que propone la física.³⁴ Para nuestro autor “La historia de un pueblo muerto es la anatomía de un cadáver en la que se buscan las causas de su mal y se encuentra tal vez con su remedio; y estos descubrimientos sirven para la conservación de los vivos. No es, pues, un estudio de curiosidades el de los sucesos presentes o pasados: es una medicina moral, es la base sólida de una ciencia lo que en ellos se busca”.³⁵

Al revisar las páginas del *Museo Mexicano* hemos observado una preocupación continua por el pasado a través de sus diferentes secciones, no obstante, esta preocupación dista mucho de ser un programa unificado. Se entremezclan constantemente diferentes formas de aproximación al pasado que van desde la colección de

³³ Lacunza, José María, “Historia”, *El Ateneo mexicano*, México, Imprenta de Vicente Torres, 1844, pp. 25- 27. Documento publicado en Ortega y Medina, Juan A, *Op. Cit.*, p. 127.

³⁴ Con relación a la adopción del modelo de la física como paradigma de la ciencia histórica y su recepción en el contexto mexicano véase Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia: una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2002.

³⁵ Lacunza, José María, “Historia”, *Op. Cit.*, p. 128.

objetos curiosos hasta la conformación de un recuento de la *Historia Universal* en el que es posible observar la marcha de la humanidad (como especie) hacia la civilización, en un relato pensado desde la idea de la historia como ciencia moral.

En este Museo se exhiben diferentes tipos de piezas, distintas imágenes que ratifican la importancia que se le otorga al pasado, pero éstas se encuentran en salas de exhibición separadas que no tienen un guión museográfico construido a través de una narrativa única. Lo que hacemos en nuestro recorrido es asomarnos a diferentes formas de narrar el pasado que quizás nos desconciertan. El problema es que miramos ese pasado desde el presente donde el estudio de la historia se ha convertido en un campo autónomo del que reconocemos algunos fragmentos en el Museo, pero estos vestigios nos hablan de un momento en el que el campo histórico se estaba configurando y la conformación de la historia basada en los paradigmas de la ciencia física se debatía con otro modelo científico: el de la medicina.



Recibido: 13 de abril de 2005
Aceptado: 4 de mayo de 2005